

Año Nuevo chino 2021: el año del buey

El zodiaco chino (“shengxiao”, que significa “semejante al nacer”) consiste en un ciclo repetido de doce años. Cada año está representado por un animal con cualidades que se dice reflejan aquellas de los nacidos durante ese año.

En 2021, el Año Nuevo chino se celebra el 12 de febrero de 2021, que marca el segundo año del zodiaco chino, llamado Año del Buey.

Como el buey mismo, un animal valorado por su fuerza y su papel sustentador en la agricultura, se dice que los nacidos en el Año del Buey son confiables, inteligentes, trabajadores y tranquilos. Metódicos y diligentes, son pacientes por naturaleza.

“Manraj el Buey y la fuerza de las palabras” es una versión de un cuento jataka, una de las 550 historias, fábulas y anécdotas sobre las encarnaciones anteriores del Buda.

Manraj el Buey y la fuerza de las palabras

Una historia narrada por Lynn Koerbel

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo en una región verde del sur de Asia, vivía un granjero muy trabajador llamado Ilan. Junto con su esposa y dos hijos, cuidaba unas pocas hectáreas de cebada, un pequeño huerto y un preciado campo de dátiles cuyos frutos eran famosos por su exuberante dulzura. Con la ayuda de uno o dos bueyes, algunas gallinas y unas cuantas cabras, la familia vivía bastante bien. En tiempos de abundancia, Ilan incluso podía guardar algunas piezas de plata ganadas con la cosecha.

Un crepúsculo de primavera, después de terminar el trabajo del día, Ilan estaba descansando, dándole vueltas a los planes para la próxima temporada. Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. ¿Quién estaría llamando a esta hora del día? ¿Alguno de sus vecinos necesitaría ayuda?

Al abrir la puerta, Ilan vio el rostro sonriente de su viejo amigo Bashar. “¡Bashar! ¿Qué te trae por aquí? Entra, entra”. Ilan abrió la puerta de par en par, pero Bashar permaneció allí, mirando a su lado, donde un pequeño becerro de color leonado estaba de pie, presionado contra su pierna.

“Bashar, ¿de quién es este becerro?”, preguntó Ilan.

“Ilan, amigo mío –dijo Bashar–, hace muchos años me ayudaste dándole a mi familia comida de tu propia mesa cuando estaba enfermo y no podía trabajar. Nunca lo he olvidado. Da la casualidad de que esta primavera nació un número inusual de terneros de nuestro rebaño de bueyes. Este pequeño, nacido hace unos meses al amanecer, tiene una marca peculiar en la frente. Parece el sol de la mañana”.

Ilan se arrodilló para ver la marca y se encontró con los ojos tranquilos del becerro cuando extendió la mano para tocar su pelaje leonado. Efectivamente, en medio de la frente del buey, un mechón de pelo más claro tenía forma de un sol radiante. Ilan sonrió acariciando el lomo del ternero. El ternero sostuvo la mirada de Ilan mientras Bashar continuaba hablando: “Amigo mío, hemos querido encontrar una manera de expresar nuestro agradecimiento. Sería un honor para nosotros si aceptaras a este joven como un regalo”.

Mientras Ilan seguía acariciando al ternero, la amble criatura se acercó y topó su hocico bajo la barbilla de Ilan. Ilan sonrió al sentir que un calor se extendía por su pecho.

Ilan alzó la vista y le sonrió a su amigo. “Gracias, Bashar. Esto llega en el momento perfecto. Nuestro único buey está envejeciendo y no podrá arar la tierra por mucho tiempo más. Estaba reflexionando sobre esto cuando tocaste. Tu regalo llega como una bendición”.

En el acto, Ilan llamó al joven ternero Manraj, que significa “el que gobierna los corazones”.

Ni Bashar ni Ilan sabían o imaginaban que este joven buey prometedoramente marcado era un bodhisattva iluminado que había cobrado vida como un toro para trabajar en beneficio de todos.

Ilan se dedicó a cuidar a Manraj, le daba al ternero la mejor comida y reconstruyó un viejo cobertizo que había caído en mal estado para que Manraj pudiera estar protegido de las inclemencias del tiempo.

Poco a poco y con suavidad, el granjero entrenó al buey, colocándolo en el arnés del yugo y aumentando paulatinamente la carga. Los tocones de árboles y las rocas no pudieron competir contra la creciente fuerza de Manraj. El buey aprendía las órdenes rápidamente y respondía sin vacilar. Las hileras que araba eran rectas y precisas, con poca necesidad de estímulos por parte de Ilan.

Manraj fue una valiosa adición a la granja, siempre firme, sin importar el clima o la tarea. Con el paso de los años las cosechas florecieron y las reservas de plata de Ilan aumentaron.

Pero luego, con el transcurso del tiempo, la fortuna de Ilan cambió. Una sequía azotó la tierra y, durante tres años seguidos, las cosechas fueron escasas. Los ahorros de Ilan se redujeron a casi nada, y luchaba ansiosamente por alimentar a su familia. “Gracias a Dios por el huerto de dátiles”, pensaba, que seguía produciendo para el mercado.

Manraj notó que durante estos tiempos difíciles Ilan estaba impaciente cuando le colocaba el yugo y en ocasiones hablaba con irritación a su familia.

Una noche, cuando Manraj se estaba quedando dormido, pensó en cómo podría ayudar al granjero.

A la mañana siguiente, cuando Ilan entró en el cobertizo y acarició la cabeza de Manraj, el buey, mirando al granjero, dijo en voz baja: “Buenos días, granjero Ilan”.

¡Ilan estaba atónito!: “¡Manraj! ¡Hablas!”.

Manraj asintió lentamente con su gran cabeza: “Sí. Y hay algo que quiero decirte”.

Ilan miró a Manraj, hechizado, con los ojos muy abiertos de asombro. Se inclinó para escuchar.

“Me has dado una vida muy buena y me has cuidado muy bien. Cuando el sol calienta mi lomo, lo adviertes y me llevas al arroyo. Me das heno extra cuando el día ha sido particularmente largo y me traes mi grano favorito cuando el invierno hace que sea difícil forrajear. Eres amable conmigo aunque soy un buey.

“Sé que la sequía ha sido una dificultad y me gustaría ayudarlos a ti y a tu familia. Se me ocurrió un plan”.

Pasmado, Ilan estaba tratando de encontrarle sentido a lo que estaba sucediendo y a lo que estaba oyendo.

“¿Qué tipo de plan?”, preguntó Ilan, escuchando con atención.

Manraj prosiguió: “Esta tarde, ve a la aldea y busca a Mufad, el comerciante acaudalado. Podría tener interés en apostar por mi fuerza. Si es así, apuesta a que puedo tirar de una carga de tres toneladas a lo largo de su campo de cebada. Tú apuestas tu preciado campo de dátiles; él que apueste quinientas piezas de plata.

Al escuchar esto, Ilan se echó hacia atrás alarmado: “Eres muy fuerte, Manraj, pero no puedo permitir que emprendas una tarea tan extenuante por mi bien. Tampoco puedo arriesgar mi campo de dátiles. Es lo único que tengo. Si pierdo, perderé todo y mi familia estará peor que ahora”.

“Granjero Ilan, puedo hacerlo”, dijo Manraj con serena seguridad. Ilan miró inquisitivamente a los ojos de Manraj. La forma del resplandor solar en la frente de Manraj de repente pareció cobrar vida, sus rayos irradiaban fuerza y convicción sobre Ilan.

Para su sorpresa, Ilan se encontró asintiendo con la cabeza, aceptando el plan de Manraj.

Con un nuevo sentido de convicción, Ilan terminó rápidamente las tareas matutinas y se apresuró a ir a la ciudad. Cuando llegó, buscó al comerciante Mufad.

“Amable señor –comenzó Ilan–, entiendo que si le sugiriera una apuesta, podría estar interesado”.

Mufad se volvió hacia Ilan, mirándolo de arriba abajo y se preguntó qué tenía en la mente este granjero.

“Bueno, ¿cuál es tu propuesta?”, preguntó el comerciante.

“Tengo un buey tan fuerte que puede tirar de una carga de tres toneladas. Mi apuesta es que él puede tirar de esta carga a lo largo de su campo de cebada. Usted apostará quinientas piezas de plata; yo, los derechos de mi campo de dátiles”.

Mufad echó la cabeza hacia atrás y se rió. “¡Eso es imposible! ¡Ningún buey, por más fuerte que sea, puede tirar de tal carga! Pero tus palmeras datileras serán un buen agregado a mis cosechas. Acepto tu apuesta”.

Acordaron reunirse en el campo tres días después.

Sin perder tiempo, Mufad colocó avisos alrededor del pueblo, instando a los aldeanos a recolectar las rocas y piedras que cubrían sus tierras y llevarlas a su campo. Allí, el asistente del comerciante usaría las piedras de pesar para medir

la carga. En dos días había una montaña de tierra, tocones, rocas y grava descansando sobre una losa, con un yugo adjunto en preparación para Manraj.

Cuando amaneció el tercer día, e Ilan y Manraj llegaron al campo, Ilan tragó saliva al ver la enorme carga y la multitud reunida. Manraj soltó una bocanada de aire para atraer la atención de Ilan, deseando ofrecerle seguridad. Pero los ojos de Ilan estaban abatidos, preocupados por la aprensión y la duda.

“¡Buen día, granjero!”, se burló Mufad, haciendo tintinear el saco de quinientas monedas de plata frente a Ilan. Con un gesto dramático, dejó las monedas sobre la mesa de apuestas. Junto a ella colocó deliberadamente el acuerdo que había redactado para la transferencia de los árboles de dátiles de Ilan.

“¿Y este es tu buey?”.

“Sí”, respondió Ilan, presionando con nerviosismo su huella del pulgar en el pergamino como firma.

Con la mente llena de creciente preocupación, Ilan se volvió para uncir a Manraj a la carreta.

Llegó el momento de que Manraj tirara. Abrumado por el miedo, Ilan dejó escapar una orden dura e impaciente: “¡TIRA! ¡AHORA!”. Y luego, más fuerte y áspera, “¡TIRA!”.

Con la mirada fija hacia adelante, Manraj no movió un músculo. Era como si sus cuatro patas fueran árboles enraizados en el centro de la tierra.

Ilan se puso más agitado e insistente: “¿Por qué no te mueves? ¡¿Te has convertido en un buey sin valor?!”. Manraj mantuvo su postura impasible e inmóvil.

Después de varios minutos, la multitud comenzó a unirse a las burlas y al ridículo, tanto del buey como de Ilan.

De inmediato, el comerciante se dio una palmada en el muslo y declaró: “¡Sabía que esto era imposible! Qué tonto eres”. Dio una palmada en la espalda al granjero y se guardó en el bolsillo las quinientas piezas de plata, junto con el acuerdo del precioso huerto de dátiles de Ilan. En un momento, Ilan había perdido la última esperanza de su familia.

Ilan soltó abatido a Manraj del yugo y ambos regresaron lentamente a la granja. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los aldeanos, Ilan se volvió hacia Manraj, desconcertado y desanimado, y preguntó: “¿Qué pasó? ¡Me aseguraste que podrías hacer esto! ¡Ahora no tengo manera de alimentar a mi familia!”

Manraj se detuvo en medio del camino y dijo en voz baja: “Estaba listo para tirar cuando, debido a tu preocupación, alzaste la voz y pronunciaste esas duras palabras. Mi corazón no pudo responder a tanta crueldad. Las palabras duras pueden convertir en piedra hasta el corazón más amable. Ya no tenía el corazón para mover la carga”.

Los ojos de Ilan se encontraron con la mirada de Manraj: “Oh, Manraj, lo siento mucho. Me sobrecogió el miedo y hablé con rudeza. Te ruego que me perdones. Te has dado por entero a mí y a mi familia”. El buen corazón del granjero estaba abrumado por el remordimiento.

“No te preocupes –dijo Manraj–. Tengo otro plan”. Los dos continuaron caminando y Manraj compartió un nuevo plan que se desarrollaría el día siguiente.

Cuando salió el sol al siguiente día, el granjero y Manraj regresaron al pueblo y hallaron a Mufad, que estaba abriendo la puerta de su tienda.

“¡Vaya, granjero, qué sorpresa! ¿Has venido a pedir un préstamo?”.

“No, Mufad, de hecho, propongo una revancha. Hoy. Pero esta vez, dos mil piezas de plata para mover la losa. Si ganas, te doy la escritura de toda mi granja. Si gano la apuesta, me das la plata y devuelves los derechos a mi campo de dátiles.

El comerciante se rio incrédulo. “¡Eres más tonto de lo que pensaba! ¡Pon tu buey en el yugo y comencemos!”.

Mientras Ilan enganchaba el yugo, el comerciante colocó dos mil piezas de plata, que brillaban a la luz del sol. Se corrió la voz rápidamente por la aldea de que se estaba llevando a cabo una revancha, y una multitud comenzó a reunirse.

“¡Por favor, granjero, continúa! –proclamó Mufad, haciendo un amplio gesto con la mano–. ¡Todos estamos esperando para ver el segundo acto!”. El buen amigo de Ilan, Bashar, estaba entre la multitud, paseando de un lado a otro, preguntándose qué le habría pasado a su amigo. ¿Habría perdido toda la razón?

El rostro de Ilan estaba resuelto mientras se inclinaba tranquilamente hacia el costado de Manraj y le susurraba al oído: “¡Eres fuerte, valiente y decidido, Manraj, y eres capaz de arrastrar muchos más kilos que estos! ¡Puedes hacerlo! ¡Eres el mejor de los bueyes! Toma tu tiempo. Tira cuando estés listo”.

Manraj inclinó la cabeza, acomodó su lomo en el yugo y luego empujó con fuerza con una pezuña delantera. Mientras daba un paso y luego otro, todos los músculos relucientes de las ancas de Manraj se hincharon por el esfuerzo y la losa comenzó a moverse centímetro a centímetro por el campo. La multitud reunida suspiró de asombro. Ilan, que permanecía al lado de Manraj, le ofreció aliento mientras el gran buey ganaba impulso de manera constante tirando de la losa de tres toneladas. Los aldeanos no podían creer lo que veían.

Cuando Manraj llegó al otro extremo del campo, la multitud dejó escapar una gran ovación. Bashar lanzó su sombrero al aire y aplaudió en señal de victoria.

Mufad, moviendo la cabeza con incredulidad, reunió las piezas de plata en una bolsa y se las entregó a Ilan. “Has ganado, justa y rectamente”, admitió con respeto a regañadientes, y le entregó a Ilan la escritura de su campo de dátiles.

Manraj e Ilan regresaron a casa con la bolsa de plata atada al cuello de Manraj. Acercándose al buey, Ilan puso una mano sobre el ancho lomo del buey y le preguntó: “Manraj, ¿cómo lo hiciste?”.

Manraj respondió: “Estimado granjero Ilan, las palabras tienen mucho poder. Cuando hablaste con amabilidad y seguiste animándome, el peso que tiré fue ligero como una pluma. Las palabras amables encienden el amor invencible del alma y pueden producir milagros”.

Al escuchar estas palabras, Ilan sintió que un calor familiar se extendía por su pecho, como los rayos del sol de la mañana.

